



¿Por qué algunos maridos prefieren el Club á su hogar?

—¡Huérfanos, es el carro que nos conviene, Mariana!—Y tras ellas, subí yo también y quedé colocada, casualmente, á sus espaldas en la góndola.

Oía, pues, toda su conversación. Hablaron de paseos, trajes, encargos á las Galerías, al Bon Marché, y pasando frente al Club de la Unión, Mariana le dice á su amiga:

—¿Has observado qué regia quedará esa terraza que construyen allá arriba?

—¡Demasiado buena! ¡Oh, este club! ¡El enemigo de nosotras las casadas! ¡Acá es donde tanto se entretienen nuestros maridos! Allí entran y quedan misteriosamente ocultos para nosotras tras esa gran mampara y esas altas y enrejadas ventanas. ¡Qué agrado encontrarán en estar siempre en sociedad de hombres!

—¡Así es! Y cada día inventan en este club mayores comodidades para atraerlos. ¡Ahora esta terraza! Si encontramos que quedan demasiado á salvo de nosotras tras esa mampara que nos contempla con aire irónico, y tras esas inespugnables ventanas, vaya que se colocarán altos con esa terraza! ¡Ahora si que estarán completamente fuera de nuestro alcance!...

Así conversaban... yo entretenida oía y observaba la furia de ambas contra el "club", sirena que atrae y conquista á los maridos. Allí donde pasan tan bien, allí donde para muchos es el verdadero hogar... Y pensaba, cuánta culpa tienen, generalmente, las señoras, que sus maridos sean hombres de club! ¡Pero si ellas no tratan que su casa tenga los encantos suficientes para que el marido se sienta bien allí! Si en vez de protestar contra el "club", donde muchos hombres encuentran lo que no hay en su hogar, se preocupan de tener una casa organizada y de rodearla de una atmósfera atrayente, entonces... entonces serían felices! ¡Y es cosa fácil! Nada hay más agradable al hombre que una casa ordenada. ¡Se respira en ella tanta paz, tanto bienestar!

Todo debe estar limpio: desde la entrada á la cocina, debe haber siempre un lugar para cada cosa, y cada cosa debe estar en su lugar. Las comidas deben ser siempre á hora fija, y ese es uno de los principales requisitos en una casa bien organizada; sin ésto, los sirvientes estarán atrasados, todo lo tendrán sucio, todo á mal traer, y con los ánimos agniados, que es peor que nada. En una casa se debe dar esta orden: el desayuno, á las 8; el almuerzo, á las 12; las once, á las 4; la comida, á las 8. Para que esto salga exacto, es indispensable colocar en el repostero, muy cerca de la cocina, un reloj de esfera clara y de sonora campana á fin de que todos los sirvientes le vean y oigan bien, se penetren de la hora y hagan á tiempo sus servicios. A la hora de almuerzo, once y comida, debe la sirvienta llamar con un gongo ó una campanilla de timbre suave. Si es más del agrado de la dueña de casa, pedir ella la comida, que no se haga con esos gritos tan chilenos: "que sirvan la comida", "que pasen el té". Es siempre de mejor tono que no se vean los manejos de las cosas en el hogar; que todo se sirva como por encanto. La dueña de casa que comprende este arte tan agradable podrá sacar gran partido de él y hacer deliciosa la vida de la familia. Así, para pedir las comidas las dueña de casa, sin hacer ningún aparato, sin llamar la atención, se aproximará á la campanilla y tocará una, ó dos veces, ó un toque largo y dos cortos, y ya los sirvientes saben que ello significa que la señora desea comer. En seguida suena el gongo y todos pasarán al comedor, (donde la mesa siempre estará bien presentada: con mantel limpio, esto es indispensable), su ramo de flores artísticamente arreglado, todo muy en orden, la comida sana y *muy bien presentada* aunque sea un guiso de poco costo. La sirvienta debe vestir traje obscuro, delantal blanco, muy peinada y aseada. Esto lo puede conseguir cualquier hogar por modesto que sea. Debe servir la mesa sin precipitación, con un andar suave, sin hacer sonar los pies en el parquet ó alfombra, sin dejar caer los cubiertos; la dueña de casa debe enseñarle á andar alrededor de la mesa con un modo rítmico, igual como tratando de pasar desapercibida. Mientras los comensales comen debe colocarse en el repostero, pero vigilando el momento que su presencia sea necesaria en la mesa. ¡Nada más feo que esas sirvientas de pie mirando comer!

La casa debe ser reglamentada con un verdadero sistema. No debéis cansaros de repetir una y otra vez las órdenes á las sirvientas con buen modo, despacio, de una manera clara, para que se penetren de ellas y se logre conseguir que las efectúen continuamente. Son contraproducentes las reprensiones con tono airado, malos modos y palabras duras: más se consigue repitiendo las ór-

denes con constancia y dulzura. Nunca se les debe dejar pasar el que olviden algo: si una no se los advierte se habituarán á olvidarse siempre. Los sirvientes necesitan sentirse manejados; no es necesario ser tiranos con ellos, pero jamás tolerarles una falta en sus obligaciones y en su comportamiento. Todo se puede decir con palabras suaves. Es una mala costumbre la que tienen muchas personas de darles conversación: sin ser orgullosas hay que darse algo de tono con ellas, no rebajarse á su nivel; hay que recordar que son personas alquiladas para el servicio y no confidentes. Sé de una señora que le preguntaba á una sirvienta: "¿Estás contenta? ¿Te acostumbras en casa?" Eso jamás se pregunta; con las sirvientas se debe tener cierta distancia para conseguir el respeto de que necesita rodearse una dueña de casa. Nunca la señora debe hacer ella lo que la sirvienta ha omitido, pues se acostumbrará á dejar constantemente flores secas en los floreros, trajes sobre las sillas, plumeros en los sofases, y no se tomará la molestia de preocuparse de no incurrir en estos olvidos fiada en que la señora los corrige. Lo que se debe hacer en este caso es tocar la campanilla, (jamás dar gritos descompasados llamando á la sirvienta que se necesita) y, cuando la criada aparece, hacerle notar su error y si se repite al día siguiente, volvérselo á decir, sin alterarse, hasta hacerla entrar en la costumbre de no olvidarse de nada. Los dormitorios deben estar siempre con su sofá y sillas desocupadas: es horrible ver esas piezas en que no hay donde sentarse, pues las sillas son hacimientos de paquetes y vestidos. Es esto algo que la dueña de casa debe recordar, muy en especial, á su sirvienta. Y si se ha vestido allí para salir, y se han dejado en desorden los trajes que se han sacado, antes de irse á su visita, toque á la sirvienta y ordénele recoja todo.

Cada sirvienta debe tener marcadas sus obligaciones, y si es posible, señalárselas ordenadamente. Por ejemplo, se le dice: "Usted debe sacudir y arreglar el hall á las 7 de la mañana, para que cuando se levante la familia, tenga donde estar y no se vea corrida por el polvo y los escobazos. El salón se barre tal día, los plauques del comedor se limpian con tiza tal otro día. Los trajes y zapatos debe usted sacarlos por la mañana para asearlos". Y para ésto darles hora señalada, así las sirvientas se encontrarán orientadas, no se confundirán para hacer sus quehaceres y la casa parecerá marchar como por obra de magia.

Si se tienen convidados á comer, la dueña de casa debe preocuparse especialmente ese día que todo salga mejor, repararle las órdenes é instrucciones á la servidumbre para que mientras estén las visitas no esté la señora (como muchas veces se ve) á guiños con los ojos para que la sirvienta haga tal ó cual cosa. Además, si la señora es aficionada á hacer guisos y postres, y el día que espera gente á comer hace algo especial, es de mal gusto cuando su invitado alaba un guiso ó dulce, decir: "Es hecho por mí" ó el marido con cara placentera: agrega "hecho por mi mujer". El convidado se verá obligado á cumplimentar todo, le guste ó nó, por complacer á sus amigos. Si la dueña de casa, como digo, se preocupa de presentar platos confeccionados por ella, guárdese de lucirlo y de vanagloriarse de ello, que sean las alabanzas en privado de su marido y familia, su recompensa. Es más "chie" que parezca que de ordinario la comida es igual y no demostrar los afanes y las preocupaciones de la señora porque llegan amigos ó amigas á su casa.

Todas estas ligeras observaciones son muy fáciles y sencillas para seguirlas. Cuando las casas están ya marchando muchos años, es difícil implantar innovaciones, pero vosotras, las novias de este año, que vais á poner casa, á formar hogar, vosotras que estáis con todo el idealismo y el entusiasmo de toda dueña de casa, que desea crearse un hogar tranquilo, agradable y atrayente, vosotras sois las preparadas para sacar mayor provecho de estas líneas.

No olvidéis que el orden y la limpieza dan un aspecto coqueto al hogar más sencillo. El marido penetrará en él en las tardes, después del trabajo afanador del día sin recordar el "club" y en él se sentirá deliciosamente. Así como los obreros se quedan en las tabernas, después de su trabajo, porque en su casa no hay luz, ni abrigo, ni agitados, así también el marido distinguido acude al club cuando no encuentra lo que desea en su hogar. Menos hogares desgraciados habría y menos odios al "club" si las dueñas de casa comprendieran ese arte de atraer al marido, proporcionándole un hogar ordenado, una atmósfera tranquila, donde él ha de refugiarse, al lado de una esposa cariñosa, de las contrariedades y luchas de la vida diaria.